se halló encerrado y la celda obscura, quiso abrir la ventana (que no había sentido como la enclavaron) y no la pudo abrir. Sonrióse, conociendo que de temor no se echase por ella la habían cerrado así los frailes. Tornó a pensar y contemplar en la visión que había visto y rogó a Nuestro Señor se la dejase ver con los ojos corporales y que no muriese hasta verla cumplida. Y doce años se pasaron (según se dice en el *Memorial* de la provincia de San Gabriel)[1] después de haberle mostrado Dios en espíritu esta visión, hasta que el general fray Francisco de los Ángeles se lo mandase; en el cual tiempo intermedio hizo muchas diligencias, así corporales como espirituales, para que la majestad altísima de Dios ordenase esta jornada y le pusiese entre las gentes infieles, que en visión había visto para consuelo de su alma.

Siendo pues así, que siempre había vivido con este deseo, este varón santo, de creer es que cuando oyó esta voz del prelado que se le abrirían los senos del alma y los llenaría de mucha y muy singular alegría, y diría en su corazón lo que la esposa: La voz de mi querido es, que llama a mi alma y me pide que le abra y reciba. Y teniéndolo por cosa ordenada de la mano de Dios, y como si el mismo Dios en persona se lo mandara, recibió su espíritu entrañable gozo y alegría, aunque con el temor reverencial con que los santos reciben los particulares favores del cielo, causando en lo interior de sus sentidos el humilde conocimiento de su propria flaqueza e insuficiencia; y dando gracias a Nuestro Señor por tan alto beneficio, cantó su alma en lo secreto de sí misma este verso del salmo:[2] ¿Qué retorno haré yo a mi Dios, por tantas mercedes como me ha hecho? Y ella misma respondió, ofreciéndosele toda, con el otro verso, que dice: Ofreceros he (Señor) hostia de alabanza y invocaré el santo nombre del Señor. Y luego, sin réplica, aceptó la obediencia que le fue impuesta; y quedándose en la provincia, para recoger los compañeros que había de llevar, el general se fue a la de los Ángeles, donde quedó que los aguardaría en el convento de Santa María de los Ángeles, para la fiesta de mi glorioso padre San Francisco, y allí les daría el despacho y recaudos de su viaje.

CAPÍTULO VII. *De la instrucción que el ministro general dio al varón de Dios fray Martín de Valencia y a sus compañeros para su jornada*

QUIEN CONSIDERARE EL GRAVE NEGOCIO que ya el santo fray Martín se había echado sobre sus hombros, que era de venir a tierras de infieles a plantar esta nueva iglesia que Dios ponía en sus manos, y supiere juntamente su mucha santidad, no dudará de que desde aquel punto que le fue mandado, y dejado a su buen escoger los compañeros, que se encendería mucho más en el deseo de acertar en esta dificultosa elección

[1] Cap. 131.
[2] Psal. 115.

que era de hombres santos y animosos, para hacer guerra al demonio, que ya desde aquel punto tenían por particular contrario, en orden de la conversión; pues pretendía despojarle y desposeerle del reino que poseía, entre tanto número de infieles; para lo cual le era forzoso ocurrir al regazo de Dios, debajo de cuya tutela hay todo amparo. Y así pienso, que desde aquella hora sus oraciones fueron muy continuas, sus ayunos doblados, sus disciplinas ordinarias, sus cilicios más ásperos y sus vigilias perpetuas, pasando las noches sin sueño y en oración, pidiéndole a Dios el acertamiento en el escoger y nombrar compañeros, a imitación de Cristo nuestro señor, que para nombrar a los doce apóstoles, dice San Matheo, que oró toda la noche al Padre eterno. Y si Cristo nuestro señor, para haber de nombrar apóstoles, oró tan prolijamente, siendo nuestro ejemplo y dechado y sabiendo lo que se hacía, no era menos justo que su santo siervo así lo hiciese.

Recogidos, pues, los doce compañeros, como por el general le fue mandado, y siendo todos muy de su gusto y espíritu, los diez sacerdotes y dos legos el nuevo caudillo de aquella grey apostólica comenzó a marchar con ellos, como los valerosos capitanes con sus soldados, en cuerpo de ejército, para ir a hacer guerra a sus enemigos; y fuese con ellos al convento de Santa María de los Ángeles, como quedara concertado, donde hallaron al ministro general, el cual quiso verlos a todos, hablarles y darles su bendición y mandato, de ir entre los infieles, el mismo día del bienaventurado padre nuestro San Francisco, para que hiciesen cuenta que él mismo (cuya persona representaba) los enviaba, como si viviera en la tierra, pues a la verdad vivía en la memoria de aquella su tan celebrada festividad; y quiso el general que fuese en aquel convento, que tenía el nombre e imitación del de Santa María de los Ángeles, en Asís (primera casa y cabeza de la orden), de donde el santo padre, viviendo en el mundo, solía enviar sus discípulos y compañeros a predicar la palabra divina de Dios por todas las partes del orbe. Y como buen pastor y sabio prelado, dijo el ministro general a fray Martín de Valencia y a sus compañeros una instrucción por escrito, de cómo se habían de haber en esta su legación en la forma siguiente.

INSTRUCCIÓN DEL PADRE GENERAL

FRAY FRANCISCO DE LOS ÁNGELES MINISTRO GENERAL y siervo de toda la orden de los frailes menores: Al venerable y devoto padre fray Martín de Valencia, custodio de la custodia del Santo Evangelio, en la Nueva España y tierra de Yucatán, y a los otros religiosos por mí enviados a la dicha tierra, paz y paternal bendición. Como la mano del muy alto no sea abreviada para hacer misericordia a sus criaturas, no cesa aquel soberano padre de las compañías, Dios y criador nuestro, de granjear en esta viña de su iglesia, para de ella coger el fruto que su precioso hijo en la cruz mereció. Ni hasta la fin cesará, enviando nuevos obreros a su iglesia. Y porque esta tierra de la Nueva España, ya dicha, siendo por el